

La danza especular: la perversión como reflejo del encuentro relacional

Ximena Alai Bouchot de la Rocha¹

UIC, Ciudad de México. México

RESUMEN

Este artículo explora una viñeta clínica desde la perspectiva del psicoanálisis relacional, centrada en el caso de un adolescente con fantasías sexuales consideradas no normativas, vinculadas al universo *furry* y al fetiche conocido como *vore*. Partiendo de la mirada clásica freudiana, tales expresiones serían entendidas como manifestaciones perversas centradas en la pulsión. Sin embargo, algunos autores contemporáneos ofrecen una reinterpretación: estas fantasías pueden ser leídas como distorsiones relacionales que buscan preservar el *self* frente a experiencias aniquiladoras o de desconexión afectiva. Así, se propone que lo que tradicionalmente ha sido conceptualizado como perversión puede entenderse como una estrategia relacional de supervivencia, una forma simbólica de reparación del trauma temprano. A partir de esta perspectiva, el reto clínico no es interpretar moralmente la fantasía, sino crear un espacio lo suficientemente bueno para que emerja la espontaneidad y se restablezca el vínculo con el Otro. La perversión, entonces, se revela como una narrativa relacional del sufrimiento psíquico.

Palabras clave: Psicoanálisis relacional, Perversión, Vulnerabilidad relacional, Creatividad.

ABSTRACT

This article explores a clinical vignette from the perspective of relational psychoanalysis, focusing on the case of an adolescent with sexual fantasies considered non-normative, linked to the *furry* universe and the fetish known as *vore*. From a classical Freudian perspective, such expressions would be understood as perverse manifestations centered on the drive. However, contemporary authors offer a reinterpretation: these fantasies can be read as relational distortions aimed at preserving the *self* in the face of annihilating experiences or emotional disconnection. Thus, it is proposed that what has traditionally been conceptualized as perversion may be understood as a relational survival strategy—a symbolic form of repairing early trauma. Deriving out of this perspective, the clinical challenge is not to morally interpret the fantasy, but rather to create a good-enough space for spontaneity to emerge and for the bond with the Other to be restored. Perversion, then, is revealed as a relational narrative of psychic suffering.

Key Words: Relational Psychoanalysis, Perversion, Relational Vulnerability, Creativity

English Title: The Mirroring Dance: Perversion as a Reflection of the Relational Encounter

¹ Licenciada en psicología por la UDEM, Maestría en psicoanálisis clínico contemporáneo por el IPE, Posdoctorante en psicoanálisis contemporáneo por la UIC.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Bouchot, X. (2025). La danza especular: La perversión como reflejo del encuentro relacional. *Clínica e Investigación Relacional*, 19 (2): 419-431. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2025.190215

I.

Winnicott (1970):

Para ser creativa, una persona tiene que existir y sentir que existe, no en forma de percatamiento consciente, sino como base de su obrar. La creatividad es, pues, el hacer que surge del ser. Indica que aquel que es, está vivo (Soler, 2015, p.420).

El vínculo madre-hijo ha desempeñado un papel central en el estudio del psicoanálisis.

Aunque desde sus inicios este vínculo ha sido considerado fundamental, en el psicoanálisis contemporáneo puede atribuírsele un rol aún más estelar. A lo largo de la historia de la humanidad, este lazo se reconoce como esencial en la mayoría de las culturas, tanto desde una perspectiva biológica como simbólica, social y religiosa. Así, el vínculo madre-hijo puede considerarse "un pilar simbólico en el mundo".

En el contexto contemporáneo, se entiende que la madre provee los estímulos necesarios para el desarrollo psíquico del nuevo ser, por lo que la vida anímica de la madre influye decisivamente en el hijo desde la gestación. Desde el psicoanálisis clásico, Freud —en *El porvenir de una ilusión* (1927)— interpretó este vínculo como una "relación objetal" (p. 62), es decir, como el lazo emocional y psicológico que una persona establece con un "objeto"; concepto que en el lenguaje freudiano se refiere a aquello que satisface una pulsión. Por ejemplo, en la infancia, el objeto de la pulsión oral es el pecho materno; más adelante, el objeto puede ser una persona amada, un ideal, entre otros.

Bajo esta óptica, el énfasis que la clínica psicoanalítica clásica otorga a la meta pulsional del vínculo madre-hijo cobra pleno sentido. Sin embargo, desde la perspectiva del psicoanálisis relacional, surge una pregunta clave: ¿dónde se establece el papel protagónico del vínculo? En este enfoque, no es posible concebir a la madre y al hijo sin destacar precisamente su relación, no desde un aspecto pulsional, sino desde una base genuinamente relacional.

A través de la línea cronológica del psicoanálisis, hemos podido observar el inmenso esfuerzo que diversas teorías han realizado para reconstruirlo desde una perspectiva cada vez más humana. Esto ha implicado dejar de lado, como foco central, el estudio de lo

intrapsíquico y lo intrapersonal en favor de una mirada interpersonal, en la que resulta imposible concebir al ser humano como sujeto sin una experiencia vincular desde el inicio de su existencia.

De este modo, con el surgimiento de las teorías que se han ido incorporando a la perspectiva clásica, el psicoanálisis ha entrado en conflicto al proponerse que su objetivo es considerar al paciente como un sujeto experiencial, capaz de crear algo útil a partir de una interpretación. De no ser así, dicha interpretación carecería de sentido, ya que las asociaciones que se derivan de ella podrían convertirse en consideraciones que generarían distintas alternativas dentro de los esquemas referenciales del paciente.

Entre los aportes de Winnicott, se encuentra la valoración de la situación vincular por encima de la intrapersonal, otorgando así una importancia paralela tanto a la madre como al bebé. Precisamente, es este conjunto lo que posibilita que el ser humano habite desde tres experiencias: la realidad interna, la realidad externa y una zona intermedia entre ambas: la experiencia transicional.

Este ambiente posibilitador, provisto por la madre, constituye la oferta que el bebé necesita para que pueda surgir en él el sentido de sí mismo, el de llegar a ser una persona integrada. De no existir este ambiente ofertante, el bebé no podría lograrlo por sí solo, ya que este surgimiento ocurre a partir del otro, del reconocimiento por parte del otro y de lo que este le permita habitar dentro de su subjetividad.

Heidegger (2006), en su *Carta sobre el humanismo*, afirma que “el término *êthica* significa estancia, lugar donde se mora. La palabra nombra el ámbito abierto donde mora el hombre” (p. 75). En este sentido, el *self* propio no solo contiene al Otro, sino que surge a partir de él. En consonancia, Winnicott sostiene que el ser humano tiene la necesidad de ser alojado, y que, dependiendo de las condiciones de habitabilidad, emerge la psique.

La base de la psique es el soma, y en la evolución éste vino primero; la psique comienza como una elaboración imaginativa del funcionamiento físico, siendo su misión más importante la de ligar las experiencias y potencialidades del pasado con el percatamiento del momento actual y la expectativa respecto del futuro. Así cobra existencia el *self* (Winnicott, 1954).

Una encrucijada con la que nos enfrenta el autor es la paradoja existente entre la experiencia y la creatividad, es decir, entre la realidad y lo que el bebé crea; ya que el bebé, mediante la ilusión de omnipotencia, crea lo que ya existe de acuerdo con lo que necesita. El bebé crea al mundo (De Vincenzi, 2022, pp. 1-16).

A diferencia de la teoría psicoanalítica ortodoxa, que concebía un yo emergente a partir del ello, para Winnicott el *self* necesita tiempo para aparecer y formarse. Este *self* emerge a través de un proceso que va desde un estado de no integración hasta una integración que se considera adecuada, siempre y cuando la devoción ambiental materna sea

suficientemente buena. Es decir, este yo surge en un estado de dependencia absoluta con respecto al yo de la madre, quien funciona como un yo auxiliar del bebé.

Para mí el self, que no es el yo, es la persona que soy yo y solamente yo, que tiene una totalidad basada en el funcionamiento del proceso madurativo. Al mismo tiempo, el self se divide en partes y en verdad está constituido por ellas. Estas partes se aglutinan en una dirección interior-exterior en el curso del funcionamiento del proceso madurativo, auxiliadas según el caso (en un grado máximo al comienzo) por el ambiente humano, que sostiene y manipula, y, de una manera viva, facilita (Winnicott, [1970a] 1991, p.322).

Retomando la experiencia creadora, no podemos dejar de lado el gesto espontáneo como manifestación de la creatividad; no como una sublimación clásica, sino como una expresión genuina de la naturaleza humana (De Vincenzi y Madrigal, 2018). Cuando este gesto es permitido, se da lugar al surgimiento de la experiencia y, por lo tanto, a la posibilidad de existir, de habitar en el Otro, y de sostener una continuidad existencial del *self*, ya que el ambiente se muestra congruente con las necesidades del bebé. Como resultado, se alcanza un estado de integración que no sería posible sin la existencia oportuna de dicho entorno.

De este modo, podemos observar que Winnicott fue uno de los primeros autores relacionales dentro de la historia del psicoanálisis, ya que se dedicó a abrir camino hacia la importancia del cuidado materno, a la existencia de dos *yoes*, de dos *self*, y a darle un lugar central al ambiente-madre, dejando atrás el mensaje psíquico unidireccional centrado en la pulsión. Aunque, en un inicio, la madre-ambiente y la madre-objeto no estén integradas, es la creatividad lo que permite alcanzar dicha integración.

Sabemos que el mundo ya estaba allí antes que el bebé, pero él no lo sabe, y al principio tiene la ilusión de que ha creado lo que encontró. Ahora bien: esta situación sólo se alcanza cuando la madre actúa suficientemente bien (Winnicott, 1988, p.158).

Por lo tanto, la madre-ambiente es, en primer lugar, la encargada de posibilitar que el bebé sea creativo, mediante innumerables ensayos de adaptación y fallas, permitiéndole así contar, más adelante, con los recursos necesarios para aceptar la desilusión. Este proceso transicional —que implica no integración, integración y desintegración— debe llevarse a cabo a través de un ilusorio control mágico de la realidad externa por parte del bebé.

El resultado esperado es el inicio de un proceso secundario del funcionamiento simbólico, en el cual el bebé concibe una membrana limitadora intermedia entre el yo y el no-yo, entre el interior y el exterior. Sin embargo, este proceso no sería posible sin la dependencia absoluta inicial durante la fase de sostén ambiental, la cual abre camino hacia una dependencia relativa acompañada de desilusión, para finalmente alcanzar la independencia como meta (Winnicott, 1960, pp. 57–58).

El valor fundamental de la ilusión reside en que el ambiente se ofrezca al bebé como parte de sí mismo, para luego desilusionarlo de forma gradual, de manera transicional. No obstante, esta experiencia creadora debe ser espontánea. El gesto humano, creativo y espontáneo, no se desarrolla en el vacío: necesita construirse, es decir, nacer del encuentro con el otro.

La creatividad es lo que permite al ser humano no solo sentir que está vivo, sino que vale la pena estarlo. En ausencia de esta, bajo una postura de acatamiento pasivo, el individuo enferma. Cuando la madre-ambiente está ausente, el proceso transicional pierde sentido debido a la falla en la provisión ambiental, lo cual provoca una pérdida del "ser" por la intrusión del ambiente. Si el bebé no puede crear desde el inicio —a través de una creatividad primaria— y la madre llega a imponerse, la creatividad se ve interrumpida, y el bebé vivirá el resto de su vida empañado por un *falso self*, conectándose de manera pasiva con las exigencias de la realidad externa.

Cuando lo externo coincide con lo interno, hay continuidad en la existencia del *self*; de lo contrario, esta continuidad se quiebra, provocando la imposibilidad de habitar o el "desalojo del *self*". Por ello, cuando las personas llegan al consultorio, muchas veces lo hacen con la necesidad de ser alojadas. Esta es la razón por la que, en la práctica clínica, cobra mayor valor la capacidad ambiental de provisión sostenedora del analista que las interpretaciones en sí mismas. La labor terapéutica radica en permitir por completo la experiencia: ofreciendo al paciente el derecho de completar, por su propia iniciativa, su propia vivencia, dando lugar al acontecimiento del gesto humano, espontáneo y creativo.

Sin esta libertad creadora, ni el paciente ni el analista podrán avanzar significativamente en el tratamiento. Cuando lo externo se impone —en este caso, el ambiente provisto por el analista—, la creatividad se contamina, y ese gesto ilusorio-creativo que da lugar a la experiencia y, por lo tanto, al habitar en el Otro, se ve afectado. "...las influencias ambientales pueden comenzar a determinar, a una edad muy temprana, si la persona saldrá en busca de experiencia o se replegará del mundo cuando necesite corroborar que la vida merece ser vivida" (Winnicott, [1988] 2001, p. 182).

Desde la teoría del déficit, lo que debía constituirse no se ha logrado. Sin embargo, todos tenemos grados de déficit debido a la ausencia del ambiente (madre) perfecto. El psicoanálisis ha dejado erróneamente de lado el impulso creador como meta transformacional. Al igual que Kohut, Winnicott sostiene que en el individuo existe una "esperanza viva" normal de encontrar un entorno que permita la posibilidad de transmutar su pasado. ¿Cómo sería esto posible entonces sin un yo creativo en el analista?

El analista que carece de estas transformaciones, y que se empeña en no renunciar a un papel ortodoxo en la práctica, realmente no ha podido encontrar la propia libertad creadora de la que habla Winnicott, la cual propicia la oportunidad de un vínculo compartido

entre el terapeuta y el paciente en un espacio que permita que ambos estados de conciencia se expandan dinámicamente hacia el otro.

Es en este punto donde cobra sentido la propuesta de Kohut, según la cual el psicoanálisis debe pasar de estudiar a Freud a estudiar más al ser humano (Kohut, 1982, p. 186).

II.

Mitchell (2000):

"La sexualidad, en sus diferentes formas es la manifestación de su fuerza impersonal, que emplea experiencias interpersonales para expresar argumentos y fantasías a priori. Para la nueva solución del problema clínico de la impotencia psíquica es esencial "aflojar los vínculos" entre la pulsión y el objeto" (p.91).

Hablando de perversión, mientras que Freud y otros psicoanalistas clásicos la concebían como una estructura o desviación del desarrollo psicosexual, el psicoanálisis relacional la aborda desde una perspectiva más interpersonal, contextual y dinámica. Este enfoque se centra más en la calidad de los vínculos y menos en categorías rígidas.

Benjamin (1996) aborda la perversión desde el enfoque relacional, centrándose en la tensión entre la autoafirmación y el reconocimiento mutuo. Afirma que las relaciones de dominación surgen cuando se rompe el equilibrio entre la afirmación del *self* y el reconocimiento del otro como sujeto autónomo.

La dominación y la sumisión [y en particular la dominación masculina y la sumisión femenina] resultan de una ruptura de la tensión necesaria entre la autoafirmación y el mutuo reconocimiento, una tensión que permite que el sí-mismo y el otro se encuentren como iguales soberanos. (pp. 23, 24).

Benjamin también profundiza en el reconocimiento, influenciada por la filosofía de Hegel, al afirmar:

La necesidad de reconocimiento supone esta paradoja fundamental: en el momento mismo de comprender nuestra independencia dependemos de que otro la reconozca. (p.49).

De esta manera, la autora explica cómo algunos vínculos perversos buscan controlar al otro para evitar la angustia del abandono o la diferencia. En este sentido, las manifestaciones perversas se presentan como estrategias relacionales para preservar el *self*.

Lewis Aron, destacado representante del psicoanálisis relacional, no abordó directamente el concepto de "perversión" en sus obras. Sin embargo, su enfoque relacional ofrece una perspectiva que reinterpreta las conductas tradicionalmente etiquetadas como perversas. En lugar de considerarlas como desviaciones patológicas, Aron propone

entenderlas como expresiones complejas del deseo y la subjetividad, moldeadas por las dinámicas intersubjetivas y contextuales.

Aron (2005) enfatiza la importancia de centrarse en los patrones de distorsión en las relaciones terapéuticas. Por ejemplo, al analizar cómo un paciente puede sumergirse en fantasías que lo alejan del aquí y ahora de la sesión, Aron sugiere que:

En lugar de enfocarse en el contenido de las distorsiones, proyecciones o transferencias, uno debe centrarse en los patrones de distorsión. Por ejemplo, si un paciente deriva hacia una fantasía que lo saca figurativamente de la habitación, el contenido de la fantasía puede ser significativo, pero el deseo de estar fuera de la habitación no puede ser ignorado.

Esta perspectiva invita a comprender las conductas consideradas "perversas" no como desviaciones a corregir, sino como manifestaciones de las complejas dinámicas relacionales y subjetivas del individuo.

Por otro lado, Bromberg (1996), psicoanalista relacional, explora la complejidad del *self* y la importancia de reconocer y trabajar con los múltiples estados del yo en la práctica clínica, destacando la necesidad de que el terapeuta mantenga una presencia empática y auténtica. Esto permite que el paciente experimente y articule sus diversos estados del yo dentro de un espacio terapéutico seguro.

El autor considera que los comportamientos perversos pueden ser intentos de regular estados disociativos del *self*, especialmente cuando hay trauma o fragmentación, y cómo las fantasías o prácticas son utilizadas para sostener una "coherencia" del *self* frente a la amenaza del colapso emocional. Bromberg conceptualiza la perversión, no solo como una estructura individual, sino como una construcción intersubjetiva que se manifiesta en la relación terapéutica.

Mitchell, uno de los fundadores del psicoanálisis relacional, aunque no aborda específicamente la "perversión" de manera extensa, critica las visiones moralizantes del deseo y aboga por una mirada más plural y menos normativa del erotismo y la subjetividad, reinterpretando así las conductas tradicionalmente etiquetadas como perversas.

Mitchell (2000) enfatiza la importancia de comprender las conductas sexuales no normativas en el contexto de las relaciones interpersonales y las experiencias emocionales del individuo, conceptualizándolas no solo como estructuras individuales, sino como construcciones intersubjetivas que se manifiestan en las relaciones humanas. Explora las conductas que tradicionalmente se han etiquetado como perversas y las entiende como distorsiones de procesos relacionales fundamentales. Ghent (1990) sostiene: "El masoquismo puede ser visto como una perversión de la entrega, en la que la necesidad de conexión y dependencia se distorsiona en patrones de sufrimiento y subordinación" (pp. 108–136).

Este trabajo es fundamental para comprender cómo Mitchell conceptualiza las conductas consideradas "perversas" no solo como estructuras individuales, sino como construcciones intersubjetivas que se manifiestan en las relaciones humanas, en contraste con la teoría ortodoxa. En esta última, Freud (1920) menciona: "(...) bajo el influjo del sentimiento de culpa, se acepta también el sufrimiento aparejado, en el cumplimiento del deseo de la conciencia de culpa que reacciona frente a la pulsión reprobada" (p. 100).

Es clara la distinción en la que el papel protagónico sigue siendo la pulsión y no la relación en otra cita de Freud (1927): "El fetichista encuentra su fetiche en un substitutivo del falo de la madre" (p. 150).

III.

Manuel es un chico de casi 18 años, mexicano. Es estudiante repetidor de bachillerato y tiene una aguda inclinación hacia los videojuegos y la convivencia en línea. Manuel fue canalizado por su preparatoria hace dos años y medio debido a un rezago académico importante y conductas asociales dentro del plantel. Sin embargo, el motivo de su tratamiento no radicó en el objetivo de la canalización, sino en hablar sobre ciertas ideas que empezaba a generar, las cuales se relacionaron con su acercamiento a un grupo de artistas *furry*, quienes crean animaciones de animales antropomórficos (con características humanas, como hablar, caminar en dos patas, vestir ropa, etc.). Estas ideas giraban en torno a un conjunto de fantasías sexuales intensas, como ciertas posiciones sexuales y, en particular, hacia el *vore*, abreviación de *vorarephilia*, una parafilia o fantasía común en algunos rincones del arte digital, especialmente en comunidades como el *furry fandom* o foros de fetiches, en la que una persona experimenta excitación al imaginarse siendo devorada viva o devorando a otra persona o criatura, generalmente de forma simbólica, ficticia o fantasiosa. Este concepto puede representarse de diversas maneras: una persona o criatura tragando a otra completamente, con o sin consentimiento, a veces de forma mágica o caricaturesca.

Manuel fue confesando estas ideas poco a poco. Mi sentir era como si yo fuera Gretel (del cuento *Hansel y Gretel*) y estuviera recogiendo migas de pan proporcionadas por él, pues cada sesión se sentía como si abriéramos juntos un cerrojo hacia un pasillo largo lleno de puertas. Cada sesión, Manuel traía una confesión más intensa, hasta que llegamos a la que me pareció más difícil de procesar. Manuel me acababa de soltar una migaja que sentí en ese momento como una avalancha. Desde hacía seis semanas, él había estado masturbándose con creaciones *furry* de mujeres embarazadas (hembras de cualquier especie animal, como yeguas preñadas, con características humanas), y acababa de descubrir que su fantasía principal era devorar justamente a una mujer embarazada: cortarla en pedazos pequeños y comérsela viva junto con el feto dentro de ella. Manuel no mostraba una culpa genuina; en

realidad, parecía como si únicamente quisiera compartir su preocupación sobre mi punto de vista al respecto.

Justamente cuatro días antes de que Manuel me hiciera partícipe de su *Vore de embarazo (pregnancy vore)*, me había enterado de que yo tenía seis semanas de embarazo. Pasaban miles de ideas por mi mente y abría un cerrojo al mismo tiempo que abría otros cinco: ¿Cómo lo supo Manuel? ¿Cómo lo descubrió? ¿Me quiere devorar? ¿Se quiere comer a mi bebé? ¿Tengo miedo? ¿Estoy exagerando? ¿Qué está pasando?

Pasaron los meses y vi a Manuel una vez por semana durante los siguientes siete meses. Nunca hablé de mi embarazo con él, no lo creí necesario. Mi vientre crecido apenas se veía. Me daba cuenta de que, justo el día de nuestra cita, elegía la ropa más holgada que tenía. Llegó el día en que tendría que ausentarme un par de semanas debido al alumbramiento y entonces fue mi turno de confesarlo. Él me miró tan despreocupado y me dijo: “Nos vemos en dos semanas”. Supongo que, a lo largo de estos meses, también fui dándole migaja tras migaja y, aunque nunca hablamos de mi embarazo, era algo que los dos sabíamos y desplazábamos dentro del contenido del *vore* en el análisis.

El enfoque relacional nos lleva a pensar que esta dinámica, lejos de considerarse “perversa”, puede verse como una forma compleja en la que Manuel y yo co-construimos la relación terapéutica, donde lo importante es cómo ambos participamos intersubjetivamente y la prueba de ello es la manifestación transferencial y contratransferencial es prueba de ello.

En este caso, esta fantasía dentro del “mundo *furry*” fue un tercer analítico intersubjetivo (Ogden, 2014), un reintento por reconstruir la creatividad de Manuel previamente destruida, un antídoto para sus principios organizadores ante el fracaso de relacionarse con sus cuidadores primarios (Mitchell, 1988, p. 338). De alguna manera, yo había facilitado que mi experiencia se utilizara a favor de la elaboración del propio ser genuino de Manuel (Bollas, 1983).

Este estado de afecto traumático de Manuel solo pude entenderlo desde nuestro sistema relacional (Rodríguez, 2011):

La persona traumatizada sólo puede sentir alivio en compañía de los otros: “La vulnerabilidad que encuentra un hogar relacional hospitalario podría ser integrada de forma perfecta y constitutiva en nuestra propia experiencia como seres”. El trauma emocional puede integrarse gradualmente cuando encuentra un hogar relacional que lo sustente (pp. 411 – 417).

Si bien esta viñeta clínica es solo una parte de un proceso complejo, Manuel y yo seguimos en la lucha por permitirle a su *self* tener nuevas experiencias relacionales, partiendo de la relación conmigo, su psicoterapeuta, en la cual, según Mitchell (1988), yo no habría podido entrar en el mundo de Manuel más que como algo que él ya conocía (pp. 344-348).

Ahora, Manuel y yo podemos hablar de sus experiencias relacionales reales en lugar de revivirlas como artistas de un mundo de fantasías.

En este enfoque, el desarrollo psíquico de Manuel se enraíza en el ambiente materno primario, entendido no solo como entorno físico, sino como una experiencia relacional que posibilita la emergencia del ser. La creatividad se revela como condición de existencia y como expresión genuina del *self*, que solo puede surgir en un contexto suficientemente bueno, donde el gesto espontáneo sea acogido y no reprimido.

Winnicott (1965) destaca que el ser humano no se constituye en el aislamiento, sino en la relación con el Otro. Esta premisa es retomada y ampliada por autores contemporáneos del psicoanálisis relacional como Mitchell, Benjamin, Bromberg y Aron, quienes subrayan la importancia de las dinámicas intersubjetivas en la comprensión de fenómenos tradicionalmente patologizados, como la perversión. Desde esta perspectiva, las conductas consideradas perversas no son vistas como desviaciones del desarrollo, sino como intentos —a menudo desesperados— de preservar el *self* en contextos donde el reconocimiento mutuo ha sido dañado o ha estado ausente.

El caso de Manuel ilustra cómo ciertas expresiones extremas de la fantasía sexual pueden entenderse como construcciones simbólicas que intentan reparar o sostener un *self* fragmentado. En lugar de patologizar desde el discurso clásico de la pulsión, se propone una escucha empática que considere las condiciones relacionales que han moldeado dichas fantasías. El reto clínico no está en interpretar estas manifestaciones como desviaciones, sino en ofrecer un ambiente terapéutico que permita al paciente reconstruir su experiencia desde la espontaneidad y la posibilidad de ser alojado simbólicamente.

Aunque este caso podría aportarnos valioso contenido en diversos temas —como la indagación sobre las experiencias tempranas de Manuel en relación con su ambiente facilitador, mi posición como psicoterapeuta, o nuestra participación en cada *enactment* durante el proceso—, mi conclusión en este texto es enfatizar que lo que podría denominarse como “perversión” no es más que un proceso acomodativo para evitar, por un lado, experiencias aniquiladoras para el *self* y, por otro, la pérdida del objeto, siendo este un fenómeno relacional.

REFERENCIAS

Aron, L., Harris, A. Lewis Aron. (2005). *Relational Psychoanalysis, Volume 2: Innovation and Expansion*: Analytic Press.

Benjamin, J. (1996). *Los lazos de amor: psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Argentina: Paidós.

Berman M. (1992). *Cuerpo y Espíritu, la historia oculta de occidente*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.

Bleichmar R. (2006). *Introducción al estudio de las perversiones. La teoría del Edipo en Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Bromberg, P. (1998). *Standing in the Spaces: Essays on Clinical Process, Trauma, and Dissociation*. New York: Psychology Press.

Bromberg, P. (2006). *Awakening the Dreamer: Clinical Journeys*. New Jersey: The Analytic Press.

Bromberg, P. (2011). *The Shadow of the Tsunami and the Growth of the Relational Mind*. New York: Routledge.

De Vincenzi, M. (2022). "Aportes Cardinales de Winnicott a la Clínica Actual": Revista VérticeK.

De Vincenzi, M. y Madrigal, M. (2019). *Ideas Centrales. En: "Donald W. Winnicott"*. México: Analytiké.

Fonagy P. (2001). *Teoría de apego y Psicoanálisis*. Londres: SPAXS. S.A.

Freud S. (1913). *Obras completas: Tótem y tabú y otras obras*: Tomo XIII. Buenos Aires – Madrid: Amorrortu editores.

Freud, S. (1916). *Obras completas: Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte III)*: Tomo XVI. Buenos Aires – Madrid: Amorrortu editores.

Freud, S. (1917). *Obras completas: Ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey, con la colaboración de Anna Freud. De la historia de una neurosis infantil (el "Hombre de los Lobos") y otras obras*: Tomo XVII. Buenos Aires- Madrid: Amorrortu editores.

Freud, S. (1920). *Obras completas: Más allá del principio de placer*: Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Freud, S. (1927). *Obras completas: El Fetichismo*: Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Ghent, E. (1990). *Masochism, Submission, Surrender: Masochism as a Perversion of Surrender*. Contemporary Psychoanalysis.

Kernberg, O. (1981) *Trastornos Graves de Personalidad: Estrategias Psicoterapéuticas*. México D.F.: Manual Moderno.

Kohut, H. (1982). *Introspección, empatía y el semicírculo de la salud mental*. Barcelona: Herder.

Manonini M. (2009). *El síntoma y el saber*. Argentina: Gedisa.

Mitchell, S. (1993). *Conceptos relacionales en el psicoanálisis: una integración*. Boston: Universidad de Harvard.

Mitchell, S., Aron, L. (2013). *Relational Psychoanalysis, Volume 14: The Emergence of a Tradition*. Routledge.

Ogden, T. (1994). *Subjects of Analysis*. Nueva Jersey: Jason Aronson.

Ogden, T. (2014). *El tercero analítico: el trabajo con hechos clínicos intersubjetivos*. Madrid: Revista de Psicoanálisis de la Asoc. Psic. De Madrid.

Pacheco H. (2015). *El objeto fetiche en Confesiones de una máscara, de Yukio Mishima*. México: Universidad Autónoma de Zacatecas.

Rodríguez, C. (2012). Un Comentario a Robert Stolorow: "De la Mente al Mundo, Soler, G. (2015). *El lugar de la creatividad en la terapia: Reflexión a partir del pensamiento Donald Winnicott* de Gabriel Soler: Clínica e Investigación Relacional, Vol. 9 (2).

Winnicott, D. (1960). *La Teoría de la Relación entre progenitores-infante En: Cap. 3. "Los procesos de maduración y el ambiente facilitador"*. Argentina: Paidós.

Winnicott, D. (1988). *Parte IV. De la Teoría de los instintos a la Teoría del yo. Apartados 1 a 5 incluido. En: "La Naturaleza Humana"*. Argentina: Paidós.

Original recibido con fecha: 2/08/2025 Revisado: 10/09/2025 Aceptado: 25/09/2025

NOTAS: